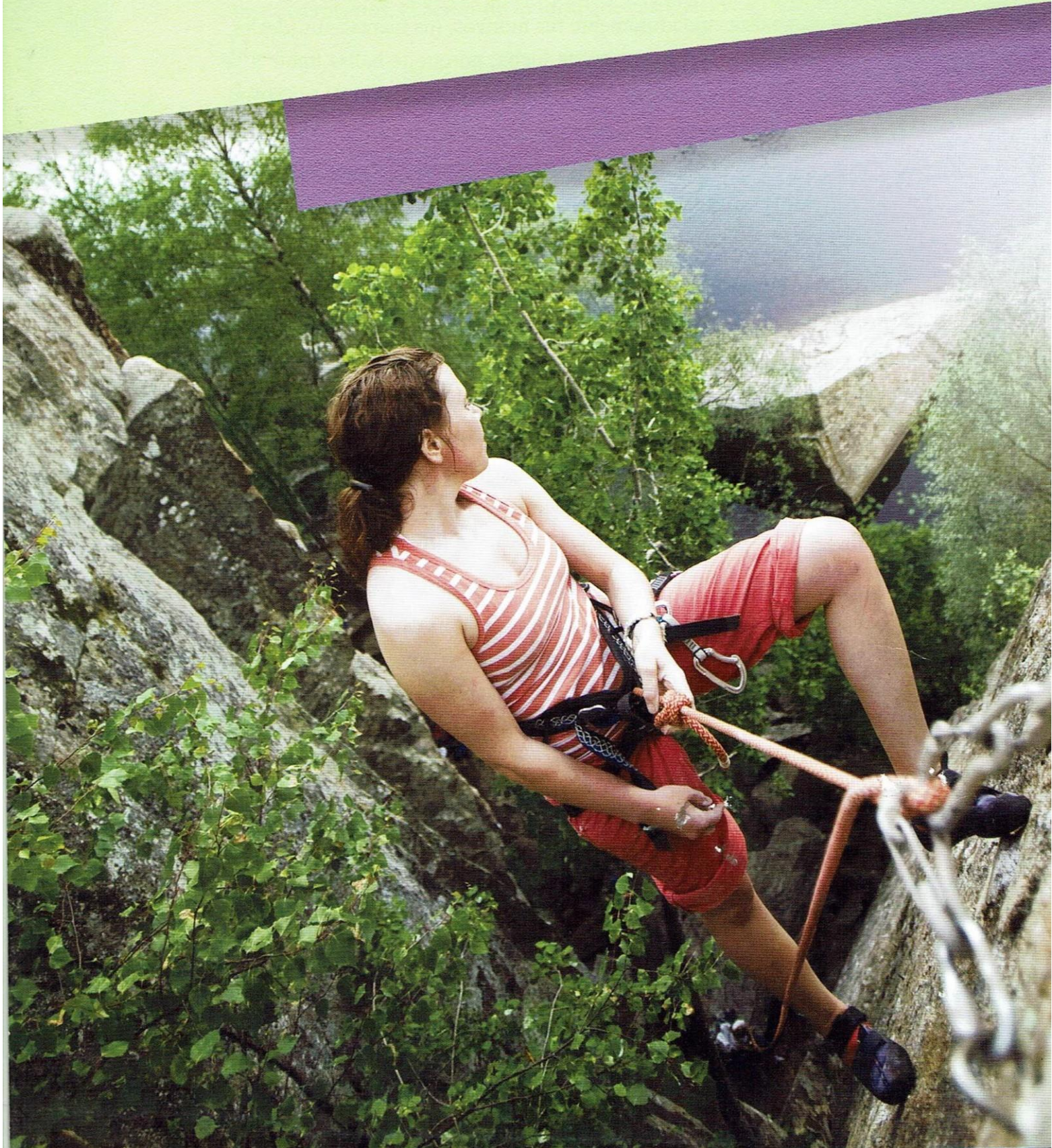


# El valor y la perseverancia



## Carta 2

### Querida hija... Querido hijo...

Vas a entrar en un mundo donde el éxito está en relación directa con el esfuerzo que se hace y con la manera como se lucha. Esta es sin duda una de las épocas más difíciles de la historia. La maldad y una ola de corrupción parecen invadirlo todo. Se vive en una perpetua incertidumbre. Los hombres ya no se detienen ni siquiera para pensar. No hay tiempo para crear obras duraderas. Todo se hace a la carrera, **sin pensar en el día de mañana** y mucho menos en la eternidad. Por eso es absolutamente indispensable que entres en la **contienda** preparado o preparada para hacer frente a múltiples situaciones que nosotras, a quienes nos tocó vivir unas **décadas** antes que tú, nunca conocimos.

Necesitarás valor. Pero recuerda lo que te he dicho acerca del valor. **Valiente es el que realiza una obra que requiere arrojo y temeridad.** Es valiente el que se precipita para detener un caballo desbocado; es valiente el que se lanza a las vías de un tren para salvar una vida; es valiente el que atraviesa las llamas de un incendio para rescatar a alguien. Pero reconocerás que esos actos se llevan a cabo muchas veces gracias a la **exaltación del momento.** El valor implica mucho más que eso. **Horacio dijo: "Admiraré a quien no se avergüence de sus andrajos, a quien mude de fortuna sin inmutarse, a quien en la prosperidad lo**

mismo que en la adversidad, mantenga la actitud del varón fuerte”.

Eso sí es valor.

- Valiente es quien puede afrontar todas las alternativas que la vida presenta sin que se altere su espíritu, sin que merme su fe, sin que disminuya la intensidad de su lucha.
- Valiente es el que no vacila en rectificar una opinión equivocada, el que cuando se critica a una persona ausente es capaz de levantar su voz para defenderla.
- Valiente es aquel que no teme acudir a quien ha caído para levantarlo.
- Valiente es el que es capaz de pedir perdón cuando ha ofendido y quien sabe otorgarlo generosamente en tal caso.

Esta es la valentía del espíritu que implica mucho más que arrojo o temeridad. Recuerdo el caso de un hombre que necesitaba contratar los

servicios de un chofer y con ese fin puso un aviso en el periódico. Al llegar varios aspirantes los fue sometiendo a una prueba. Le preguntó al primero:

—¿Cuán cerca de un obstáculo puede usted pasar con su automóvil sin rozarlo?

—Señor —contestó sin titubear el interrogado—, yo diría que puedo pasarle a unos diez centímetros.


—¡Muy bien! Le avisaré —fue la respuesta.

Al segundo le hizo la misma pregunta y este dijo:

—Creo que podría pasar a cinco centímetros y no tocar el obstáculo.







Este también fue descartado. Llegó el tercero, a quien se le hizo la misma pregunta, y respondió:

—Bueno, yo trataría de pasar lo más lejos posible; pero si tengo que acercarme, creo que lo haría tratando de no rozarlo.

Esta respuesta prudente y que demostraba inteligencia hizo que el último candidato obtuviera el empleo.

Es un hecho que el arrojo y la temeridad no son los elementos fundamentales del valor. En el valor existe siempre inteligencia, firmeza, prudencia y entusiasmo. Recuerda que los mismos hombres que a veces actúan con gran temeridad, vacilan y retroceden frente a sacrificios insignificantes.

Sé valiente en el mejor sentido de la palabra. Alguien ha dicho que no podemos ser héroes en las grandes cosas si somos cobardes en las pequeñas cosas diarias.



Mira siempre al frente, recorre con ánimo cada etapa de tu vida y no temas ni siquiera a la muerte.

Mantente fiel a tu ideal y a tu fe. Recuerda que:

“La mayor necesidad del mundo es la de hombres que no se vendan ni se compren; hombres que sean sinceros y honrados en lo más íntimo de sus almas; hombres que no teman dar al pecado el nombre que le corresponde; hombres que se mantengan de parte de la justicia aunque se desplomen los cielos” (*La educación*, p. 54).

Hija mía... hijo mío, vive de parte de la verdad. Que el miedo no limite tus capacidades, ni detenga o demore tu marcha. Sé lo que





debes ser. Obra como debes obrar de acuerdo con tu sana conciencia sin temer lo que la gente piense de ti. No temas afirmar y vivir tu fe, aun cuando los demás la miren con indiferencia o se burlen de ella. Raymond B. Fosdick dijo: “El valiente no siente miedo de soñar sueños que no tienen sentido práctico. Piensa sus propios pensamientos, lee los libros que le recomienda su propio criterio, desarrolla sus propias preferencias y es gobernado por su propia conciencia”.

“El hato puede pastar donde le plazca o desbandarse cuando guste, pero el que vive la vida intrépida no sentirá miedo cuando se encuentre solo”.

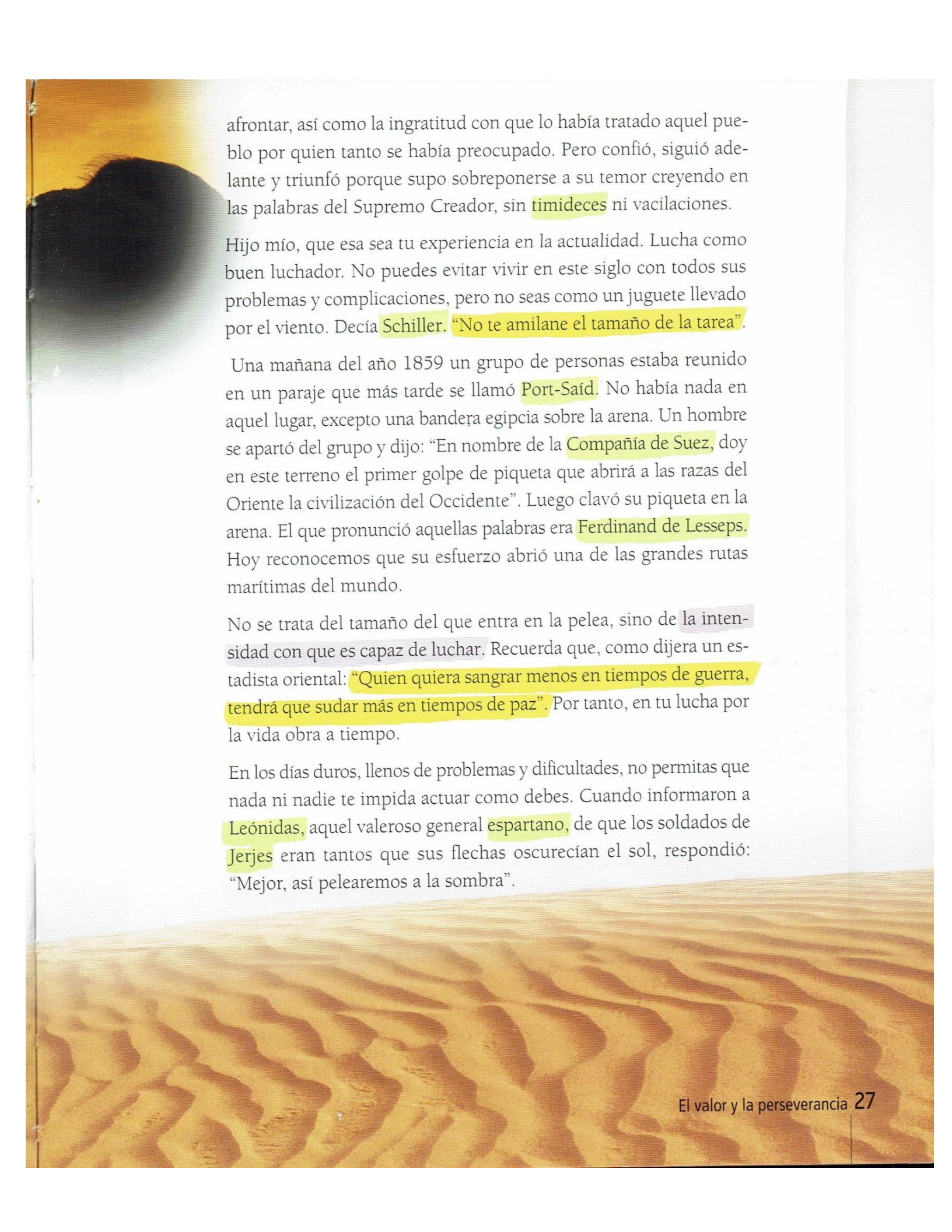


Que tu valor sea firme e inquebrantable. Pero sin rudezas y sin desplantes. Que sea tranquilo y hondo como un mar en calma. Que no tenga las características del ciclón que por donde pasa siembra la destrucción. Que tu firmeza tenga la suavidad del terciopelo.

Que nada detenga tu marcha valerosa. Eso no significa que no sientas temor a veces. Significa que a pesar de ello debes seguir adelante. Uno de los generales más destacados en los tiempos de la Segunda Guerra Mundial, George S. Patton, afirmaba: “Si la valentía

consiste en no saber lo que es miedo, entonces no he conocido nunca un hombre valiente. Todos los hombres sienten miedo; cuanto más inteligentes, más temerosos son. Es valiente aquel que a pesar del miedo se obliga a sí mismo a seguir adelante”.

Josué tembló ante la responsabilidad que fue puesta sobre él. Moisés, el gran dirigente, acababa de morir y Josué fue elegido para ocupar su lugar. Conocía muy bien las luchas que Moisés había tenido que



afrontar, así como la ingratitud con que lo había tratado aquel pueblo por quien tanto se había preocupado. Pero confió, siguió adelante y triunfó porque supo sobreponerse a su temor creyendo en las palabras del Supremo Creador, sin timideces ni vacilaciones.

Hijo mío, que esa sea tu experiencia en la actualidad. Lucha como buen luchador. No puedes evitar vivir en este siglo con todos sus problemas y complicaciones, pero no seas como un juguete llevado por el viento. Decía Schiller. “No te amilane el tamaño de la tarea”.

Una mañana del año 1859 un grupo de personas estaba reunido en un paraje que más tarde se llamó Port-Saïd. No había nada en aquel lugar, excepto una bandera egipcia sobre la arena. Un hombre se apartó del grupo y dijo: “En nombre de la Compañía de Suez, doy en este terreno el primer golpe de piqueta que abrirá a las razas del Oriente la civilización del Occidente”. Luego clavó su piqueta en la arena. El que pronunció aquellas palabras era Ferdinand de Lesseps. Hoy reconocemos que su esfuerzo abrió una de las grandes rutas marítimas del mundo.

No se trata del tamaño del que entra en la pelea, sino de la intensidad con que es capaz de luchar. Recuerda que, como dijera un estadista oriental: “Quien quiera sangrar menos en tiempos de guerra, tendrá que sudar más en tiempos de paz”. Por tanto, en tu lucha por la vida obra a tiempo.

En los días duros, llenos de problemas y dificultades, no permitas que nada ni nadie te impida actuar como debes. Cuando informaron a Leónidas, aquel valeroso general espartano, de que los soldados de Jerjes eran tantos que sus flechas oscurecían el sol, respondió: “Mejor, así peharemos a la sombra”.

Cuando hemos concebido un ideal, cuando una idea redentora ha penetrado en nuestro corazón, debemos vivir por ella y, si es necesario, morir por ella. Cuenta la condesa de Pardo Bazán que el conde soñaba. Soñaba el conde y se veía a sí mismo paseando en medio de un frondoso bosque. De pronto, oyó el estampido de un disparo; un instante después una paloma herida cayó a sus pies. Levantó a la infeliz avecilla y mientras la contemplaba con infinita compasión se presentó el cazador, quien le dijo:

—Conde, déme esa paloma; la he derribado y me corresponde por la ley del bosque.

—Dámela, cazador, permíteme que le salve la vida.

—La paloma es mía —insistió el cazador—, no se la daré.

—Cazador, dame la paloma y a cambio de ella pídemelo que quieras.

—Bien —dijo el cazador—, se la daré si me da un trozo de su carne que pese tanto como la paloma.

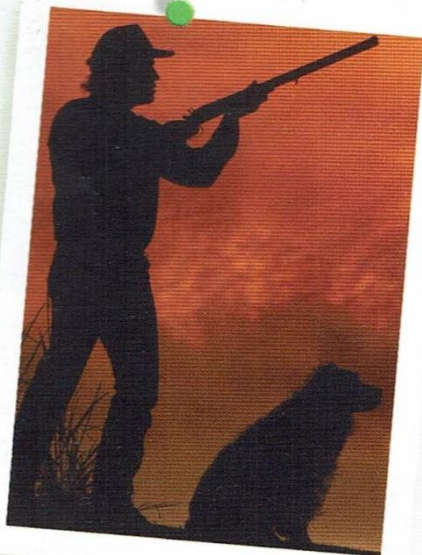
—Concedido, cazador.

El cazador, con la habilidad propia del hombre del bosque, improvisó una balanza y con su afilado cuchillo de caza se acercó al conde, quien le dijo:

—Corta, no temas.

Cortó el cazador, pero la balanza indicó que la paloma pesaba más.

—Corta más, cazador —dijo el conde.





Y el cazador cortó, pero la paloma pesaba más.

—Vuelve a cortar, cazador. No vaciles.

Hizo lo que se le indicaba, pero la paloma pesaba más. Por fin el conde comprendió.

—Cazador —le dijo—, ponme a mí, todo mi cuerpo, todo mi ser, en la balanza.

Y cuando tal cosa se hizo, el conde pesaba más.


¿Entiendes? Nadie puede entregarse a medias a un ideal y esperar que el éxito corone su esfuerzo. Debemos hacerlo en forma total, contando con la bendición de Dios.

La vida es una lucha, pero una lucha que debe ser noble y honrada en todo tiempo y en cualquier circunstancia. Como es natural, para esa lucha debemos prepararnos. El actor no puede interpretar su parte sin prepararse debidamente para ello. Debe conocer su conjunto y sus partes; debe penetrar el alcance de cada frase y pasarla luego a través de su propio corazón. Si esto es verdad respecto a una obra teatral, o a una pieza musical, ¡con cuánta mayor razón debemos prepararnos para afrontar con éxito el papel que tenemos que desarrollar en el escenario de la vida!

No consideres superficialmente tu capacidad. Una mente despierta y ágil no podrá crear obras duraderas a menos que cuente con el conocimiento y la preparación necesarios. No, la improvisación no es suficiente. No basta con sentirse seguro de sí mismo. Es preciso prepararse concienzudamente para la tarea que está delante. Esto es también un elemento de valor. Dijo Alberto Insúa: “Qué más queríamos







sino que la cultura, como el sol, luciese de balde para todos. Minerva no dispensa sus favores sino a quienes le rinden culto”. Napoleón, uno de los grandes generales de todos los tiempos, dijo: “A veces una batalla lo decide todo, y a veces la cosa más insignificante decide la suerte de una batalla”. No sigas formas anticuadas, materialistas o supersticiosas. Recuerda que para la lucha de la vida necesitas la ayuda de un poder superior. Levanta tus ojos al cielo, confía en aquel que lo hizo todo y que todo lo sustenta, y marcha adelante con valor, fe y confianza. Marcha sin temor, sin miedo. El temor es una de las causas más notables del fracaso de muchas personas. Dice una leyenda, que cierta vez un peregrino oriental le preguntó a la epidemia del cólera:



—¿Adónde vas?

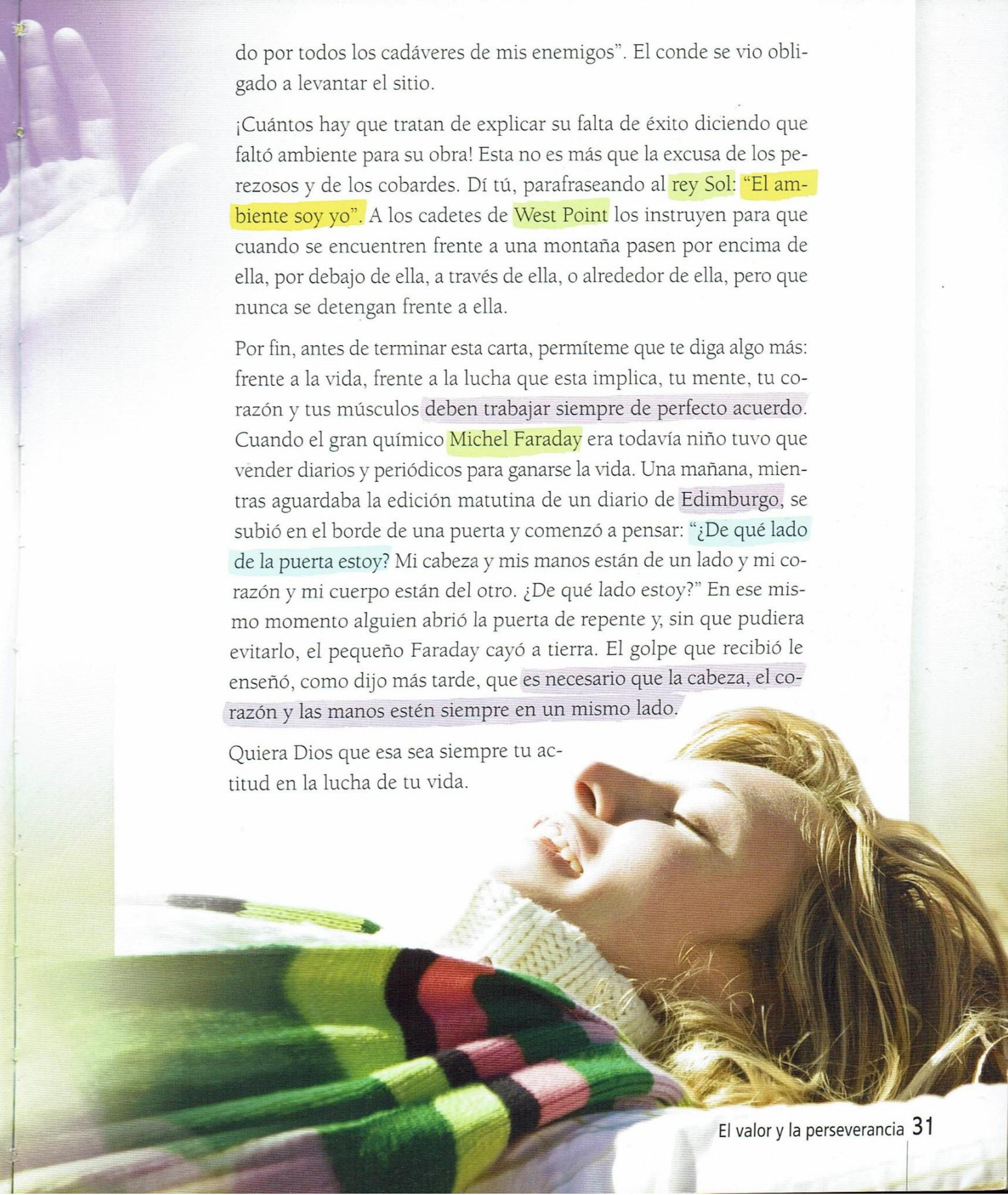
—¡A Bagdad, a matar a cinco mil personas! —contestó la epidemia.

Pocos días después el mismo peregrino halló al cólera que salía de la ciudad.

—Me dijiste que ibas a Bagdad a matar cinco mil personas, pero en realidad mataste cincuenta mil —le reclamó el peregrino.

—No —contestó la epidemia—. Maté a cinco mil como te dije. Los demás han muerto de miedo.

Sé valiente, hijo mío; no cedas nunca ante el error y no faltes jamás a tu deber. El caballero Bayardo sitiado en la plaza de Mezières por el conde Nassau se negó a rendirse a pesar de haber sido abandonado por la mayor parte de sus soldados. Dijo: “No saldré de una plaza que el rey me haya confiado si no es sobre un puente forma-



do por todos los cadáveres de mis enemigos”. El conde se vio obligado a levantar el sitio.

¡Cuántos hay que tratan de explicar su falta de éxito diciendo que faltó ambiente para su obra! Esta no es más que la excusa de los perezosos y de los cobardes. Dí tú, parafraseando al rey Sol: “El ambiente soy yo”. A los cadetes de West Point los instruyen para que cuando se encuentren frente a una montaña pasen por encima de ella, por debajo de ella, a través de ella, o alrededor de ella, pero que nunca se detengan frente a ella.

Por fin, antes de terminar esta carta, permíteme que te diga algo más: frente a la vida, frente a la lucha que esta implica, tu mente, tu corazón y tus músculos deben trabajar siempre de perfecto acuerdo. Cuando el gran químico Michel Faraday era todavía niño tuvo que vender diarios y periódicos para ganarse la vida. Una mañana, mientras aguardaba la edición matutina de un diario de Edimburgo, se subió en el borde de una puerta y comenzó a pensar: “¿De qué lado de la puerta estoy? Mi cabeza y mis manos están de un lado y mi corazón y mi cuerpo están del otro. ¿De qué lado estoy?” En ese mismo momento alguien abrió la puerta de repente y, sin que pudiera evitarlo, el pequeño Faraday cayó a tierra. El golpe que recibió le enseñó, como dijo más tarde, que es necesario que la cabeza, el corazón y las manos estén siempre en un mismo lado.

Quiera Dios que esa sea siempre tu actitud en la lucha de tu vida.

